This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Leonardo A. Bazzano

GRAD
868
B364re

RELIEVES

(Cuadros sociales y familiares)

LIBRERIA A. MOEN
314 — CALLE FLORIDA — 314
BUENOS AIRES
1900

Digitized by Google

THE UNIVERSITY OF MICHIGAN
LIBRARIES

Digitized by Google

Leonardo A. Bazzano

RELIEVES

(Cuadros sociales y familiares)

LIBRERIA A. MOEN
314 — CALLE FLORIDA — 314
BUENOS AIRES
1900

Digitized by Google

868
B364re

Digitized by Google

Gl
glaser
5.5.94

A LOS LECTORES

Estos artículos,—que Dios conserve y ustedes me perdonen,—los he escrito en diversas épocas de mi vida periodística, algunos bajo mi nombre y otros con seudónimo.

Tuvieron aceptación en la prensa, y fueron reproducidos por varios diarios de las provincias y por algunos del exterior.

Por eso, pues, he resuelto darlos ahora en folleto; y ustedes, si son del siglo, verán que saben á la época y que, aunque pobrecitos, pueden pasar entre los muchos que por ahí andan rodando á la buena de Dios.

Digitized by Google

La idea que he llevado al escribirlos, la comprenderán sin dificultad.

Ahora, si algo valen—que, por cierto, no ha de ser mucho,—ustedes lo dirán.

Ustedes..... y los que gusten.

EL AUTOR.

Digitized by Google

AÑO NUEVO.

A la mayor parte de los hombres estas dos palabras los espantan. Por no oírlas hay quienes se ponen algodones en los oídos.

Parecen palabras muy inofensivas, y sin embargo, son fatales, para los que les temen, porque para los que saben valerse de ellas no pueden ser más útiles.

Y verán ustedes.

Tenía un acreedor, hace pocos días, que se pasaba las horas colgado del llamador de la puerta de casa, al cual no sabía cómo sacar de allí. Un día, siéndome indispensable salir, lo que no podía hacer estando él en la puerta, urdí una

Digitized by Google

trama. Me aproximé á la ventana, y cuidando no me viese le grité, con toda la fuerza de mis pulmones:

—¡Año nuevo!

Y el acreedor, echándose las manos sobre los oídos, apretó á correr, con tal ligereza como si se jugase la vida en ello.

A ustedes les parecerá el caso muy extraño, y no lo es. Estas dos palabras traen consigo ratos amarguísimos para todos los que tienen dinero, por poco que sea. Y hay razón para ello, porque año nuevo quiere decir *aguinaldo*, y aguinaldo significa, en buen castellano, dar dinero á todos los que lo piden, porque las costumbres, que son casi siempre ridículas é inconvenientes, así lo han establecido y... no hay vuelta que darle.

Por eso el primer día del año es la escena más chistosa de toda la comedia que representamos en los 365—porque, á mi modo de ver, un año no es sinó una

Digitized by Google

comedia en 12 actos y 365 escenas.

Así, pues, llega el día primero del año y el llamador hace sonar la puerta con dos recios golpes.

Una nariz asoma con cierto temor y luego un bigote retorcido, y luego un rostro pálido... Es un joven que no duda ha llegado el nuevo año.

—¿Quién llama? — pregunta desde adentro.

—Cartero.

El joven se aproxima al zaguán temblando. El cartero le entrega un sobre cerrado, que él toma y lee.

—No es para mí,—dice después.

—¿No se llama usted Juan García?—pregunta el cartero, que lo conoce por llevarle cartas á menudo.

—Sí, ese es mi nombre; pero hay tantos Juanes y tantos Garcías!...

—Pero no habrá muchos Juan García.

—¡Como no, hombre! ¿quién le dice á

Digitized by Google

usted que no?—vocifera el joven, por ver si consigue llevar la cuestión á los puños y librarse así del aguinaldo.

—¡Pero vea usted la calle y el número!... Es para usted, no le quepa duda,—responde el cartero, pensando:—Esta vez me quedo sin aguinaldo. Todos tienen la misma manía.

El joven, siempre temblando, responde:

—¡Y á mí qué me importa! ¿Quién le dice á usted que esa carta es para mí?

—Pero, ¡señor!... Me lo dice el nombre, la calle y el número.

—Amigo, con eso no me convence y, créalo, soy muy escrupuloso en materia de abrir cartas ajenas; por consiguiente, no la acepto.

—¿Pero en qué se funda usted,—se aventura á decir el cartero,—para pensar que la carta no es suya?

—¿En qué me fundo? Pues, amigo, en la letra. ¿Cree usted, por ventura, que no

Digitized by Google

conozco la letra de los que me escriben?

—Eso no es una razón,—responde el cartero, disputando el terreno palmo á palmo.

—¿Que no? Mire, amigo, tenga á bien no ser tan insolente.

—No soy insolente, señor, es que...

—Nada, la carta no es para mí, y márchese ó lo hago llevar por un vigilante, atrevido!...

Y el joven apreta los puños, dispuesto á terminar la comedia con un sainete.

El cartero, por fin, viendo que el joven es inespugnable, se retira, mientras éste vuelve á entrar en la habitación, restregándose las manos de placer y diciendo entre sí:

—Lo que es á mí, no me sacarán un centavo.

Después comienza á vestirse frente á un espejo.

—¡Pero que pálido estoy!—dice al ob-

Digitized by Google

servar la imagen de su lívido rostro.—Y qué parezco con la barba así, brotando. La verdad es que con esta *traza* hubiera hecho huir al mismo diablo. Bueno, me iré á la peluquería á hacerme afeitar, aunque mis bolsillos no están muy repletos de dinero. También los dependientes de allí pretenderán aguinaldo. ¡Malditas costumbres! En fin, ya me las compondré. No responderé á los cumplidos que me hagan y les pondré una cara *así*....

Y al poner la cara *así*, él mismo se asusta.

—Está bueno,—dice satisfecho, y se dirige á la peluquería.

Llega, y al entrar los dependientes lo reciben con mil frases cumplimentosas, mil felicitaciones que las desembuchan de una sola hebra, porque desde una semana atrás han estado ensayándose.

El joven, sin decir palabra, toma asiento, mientras uno de ellos se le aproxima navaja en mano.

Digitized by Google

Y en cuanto comienza á afeitarlo también comienza á hablar:

—Qué calor, ¿eh?—dice para empezar. —Es insoportable! Fuuuu!.... Felices de ustedes que pueden pasear y tomar el fresco! Nosotros, los pobres, estamos condenados á padecer aquí, encerrados.

—Eso es muy malo para la salud.

—Es verdad. Pero qué quiere usted, cuando uno necesita vivir....

—Necesita trabajar, es claro. Por eso yo también trabajo mucho.

—Pero no está tan preso como nosotros, y el trabajo será más productivo....

—No crea, es que yo hago lo siguiente: echo el alma todo el año, gano unos pesos y luego paso estas fiestas divirtiéndome.

—Pero siempre puede divertirse unos días.

—Sí, pero para ello padezco un año; porque, como gano poco, todo se me va en seguida. Las más de las veces, al llegar

Digitized by Google

el primero de año estoy sin un centavo.

—Comprendo, para cumplir con los compromisos.... darle á uno y á otro....

—No crea, no soy yo de los que dan. ¡Líbreme Dios de cometer semejante despropósito!

El peluquero comienza á comprender que la cosa es grave y que, con el tal diálogo, no sacará nada en limpio. Entonces, buscándole el lado débil, comienza de este otro modo:

—¿Hace mal?

—¿El que?

—La navaja.

—No, siga nomás.

—¿Quiere que le coloque debajo de la cabeza un almohadoncito? Lo he comprado para los buenos clientes.

—Mil gracias,—responde el joven, pensando:—Esto es grave; mejor es que me vuelva á callar.

—Está usted algo incómodo,—continúa

Digitized by Google

él.-¿Quiere usted un banquillo para los pies?

El joven no responde.

—Porque esto que se usa en las peluquerías,—prosigue el mismo,—es muy molesto.

Aproximándosele y en el oído:

—Suele estar siempre lleno de pulgas

—¡No importa, hombre, no importa!—responde el joven que comienza á impacientarse.

—¿Qué agua desea?

—Cualquiera.

—Rosa, jazmín, heliotropo, violeta...

—Sí, hombre, sí, está bueno.

Pero el peluquero no desmaya; al contrario, continúa con más bríos.

—¡Qué precioso cabello! Le garanto á usted que ni una niña le tiene.

—Me alegro.

—No crea usted que se lo digo por cumplimiento...

—Ya sé, hombre, que no. Tal vez para

Digitized by Google

hacerme el amor.... ¿No es verdad?

—Já, já! ¡Qué chistoso está usted!

—Y usted, también.

—¡Ay, señor; no se puede negar que lleva usted sangre española en sus venas.

—¿Quién se lo dijo á usted?

—Eso no es preciso que nadie lo diga: se ve de lejos.

—Pues se ve mal, porque por mis venas no corre ni una gota de esa sangre.

—Me he equivocado entonces; pero á cualquiera le pasaría lo mismo. Le garanto á usted que parece español.

—Hombre, es extraño, porque á todos les parezco turco.

—Yo no conozco á los turcos; pero dicen que son muy generosos.

—Así será; pero debo advertirle á usted que en eso, precisamente, es en lo que me diferencio.

Y el peluquero, viéndose otra vez perdido, se le va *al humo*.

Digitized by Google

—¿Quiere usted comprarme,—le dice, —un numerito de la rifa de ese juego de lavatorio? Tendrá lugar hoy, aquí mismo.

—¿Sí? Me alegro.

—Todo esto es de porcelana,—dice refiriéndose á los objetos que se rifarán,—y de la mejor. Es un regalo magnífico que nos ha hecho el patrón como aguinaldo. ¿Quiere usted llevarse algún número?

—No; soy enemigo del juego.

—Pero es un juego inocente; será con dados.

—Ay, amigo, sobre este punto pienso como aquel que dijo:—"El mejor modo de jugar á los dados, es tirarlos al mar".

Y con esto el peluquero se queda haciendo cruces, mientras el cliente toma su sombrero y se retira, diciendo:

—Lo que es á mí no me fumarán, aunque se vengan cien años nuevos en tropel.

Y así como pasa esto con el cartero y con el peluquero, pasa también con el re-

Digitized by Google

partidor de diarios y otros muchos tipos que en año nuevo, se vuelven garrapatas, ó más bien, *agarra-plata.*

Ya ven ustedes por cuantos momentos amarguísimos hay que pasar, y lo peor es que no siempre sale ileso el infeliz bolsillo.

Por eso los que se han visto todos los años, en el compromiso de dar aguinaldo á todos, sin recibir ellos nada de nadie, al sacar la última hoja del almanaque se quedan pasmados y exclaman, con la boca desmesuradamente abierta:

—¡Año nuevo!!!

Y así se quedan hasta que pase el asombro... y el susto.

Digitized by Google

LOS CRÍTICOS TEATRALES

Están en moda y abundan tanto, que los empresarios de teatros tiemblan con solo pensar en ellos. Pero no tiemblan por temor á las críticas,—que pocas veces ó nunca suelen ser severas,—sinó por las entradas que á cada uno tienen que darle, porque á los señores críticos les gusta ir al teatro de *arriba*. . . ó de abajo ó de cualquier parte, mientras el bolsillo no sufra *desperfectos*.

Si los empresarios no les regalan un par ó dos de entraditas,—que más á menudo suele suceder lo último,—los críticos entran lo mismo, en descuido del portero y como quien da un resbalón, que esto lo he

Digitized by Google

visto *con mis ojos*, y ustedes, si han observado, lo habrán visto con los suyos. Y despues ¡ay de los artistas! Al *inimitable* cómico Fulano, como decían otras veces cuando recibían las entradas, le llaman estúpido payaso. La que en otros tiempos fué la *célebre* Zutana, resulta que es detestable, que los papeles los hace á su antojo y que donde debe desempeñar una escena patética dice un chiste, valida de que el público se lo ríe. Esto, algunas veces, suele ser verdad. Y agregan que Mengano, al que le llamaban gloria y honra de la escena, es un pobrecillo pelagatos de á peso el ciento, y así sucesivamente.

Como es de suponerse, esto hace que los empresarios anden poco menos que locos, porque los artistas no se contratan si ellos no se comprometen á regalar cuatro entradas á cada crítico teatral. Por esto suelen tener lugar escenas muy cómicas.

Digitized by Google

—Por veinte funciones,—dice un empresario á un artista,—doy á usted seis mil nacionales.

—¡Seis mil nacionales!—murmura el artista, restregándose las manos.

—Sí, señor, como lo oye usted.

—Acepto, pero con una condición.

—¿Cuál?

—¡La de darle cuatro entradas á cada crítico teatral!

—¿Cuatro entradas á cada crítico teatral? ¡Pero, hombre, usted quiere dejarme en la calle! ¡Cuatro entradas á cada uno!

Y el empresario comienza á rascarse la nariz.

—¿Sabe usted lo que dice?—continúa después.

—¡Vaya si lo sé!

—¡Pues, amigo, cuatro entradas!...De ese modo no me quedaría butaca para vender.

—Eso á mí no me importa.

Digitized by Google

—Pero á mí sí.

—Bueno, si no acomoda...

—¡Ya lo creo que no acomoda!...¡Cuatro entradas á cada crítico teatral...Pero, hombre! ¿Cree usted que yo estoy contratando artistas para que estos señores se diviertan? ¡No faltaba más!

—Ni menos, porque, amigo mío, yo tampoco estoy para perder mi fama, que bastantes pesos me ha costado.

—¿Pesos?

—Sí, señor, pesos y bien contantes. ¿Cree usted que un crítico teatral no cuesta caro? Hay algunos que no se venden por menos de mil nacionales.

—Pues mire usted que eso es mucho, demasiado.

—Y ¿qué hacer? No hay remedio. De otro modo no conseguiríamos que nos llamasen *célebres é inimitables.*

—Pero observe usted que esos tales adjetivos, de tanto correr de un lado á otro,

Digitized by Google

han perdido el poco valor que tenían; y —créalo,—es una locura comprarlos á ese precio.

—¡Qué quiere usted, cuando nos han llamado inimitables valemos más un ciento por ciento en la opinión del público.

Pero el empresario, distraído con sus pensamientos, exclama:

—¡Cuatro entradas!... ¡y á cada uno! Pero, señor, esto es como para pegarse un tiro!

Y en medio de su desesperación se coge de los cabellos, arrancándose puñados.

Otras veces tienen lugar escenas aún más cómicas entre los artistas y los críticos teatrales.

—Mire usted,—dice un artista á un crítico,—eso de que me llame *celebérrimo* no me gusta, porque me suena mal.

—Pero para dar novedad... Porque no me parece bien gastar esos epítetos tan trillados que usan siempre mis colegas.

Digitized by Google

—Si no le parece bien... es otra cosa. Pero ya le digo, eso de celebérrimo no me agrada. ¡Celebérrimo! ¿No ve usted? ¡Suena tan mal! Allá, en la aldea donde yo nací, había un tabernero, tuerto por más señas, al que le llamaban celebérrimo.

—¿Los periódicos le llamaban así?—pregunta el crítico en el colmo del asombro.

—No, señor, los que tenían cuenta abierta en la casa.

—¡Ah!

—Pero recuerdo que los periódicos lo llamaron así á un cómico, que en cuanto debutó en el extranjero lo silbaron.

—¡Hola!

—Después vino á Buenos Aires y lo silbaron también; de allí pasó á Montevideo y poco faltó para que le arrojasen las butacas. Conque, amigo mío, ya ve usted que es palabra de mal agüero. A causa de la tal palabreja no he dormido

Digitized by Google

anoche, y esta mañana, en cuanto pegué los ojos, soñé con el tabernero y con el cómico silbado, y, hasta veía, pero clarito, las butacas volando por el aire. ¡Una pesadilla horrible! Sí, señor crítico, hágame el favor de no llamarme celebérrimo y le daré cincuenta pesos más.

—¡Convenido!—exclamó, ó más bien, gritó el crítico tendiéndole la mano.

Y ambos se retiraron satisfechos, porque se habían entendido y arreglado.

Pero el más cómico de todos los casos, es el que tiene lugar entre el empresario y los críticos.

—Hola! señor empresario!—dice un crítico entrando con el sombrero en la nuca y tomando asiento sin andar con rodeos.

—Me alegro de verlo bueno.

—Lo mismo yo de verlo bueno á usted —responde el empresario sin asombrarse, porque ya hace tiempo que se trata con los críticos teatrales.—(Ap.) Pero prefe-

Digitized by Google

ría verte... en un hospital ó en la casa de Orates, aunque más propio sería la cárcel.

—Ya sabrá usted á lo que vengo,—dice el crítico, que, como está apurado, se le va al humo directamente.

—¡Ya lo creo que lo sé! Viene usted á buscar las cuatro butacas. Corriente, aquí las tiene usted.

—Recuerdo que habíamos *tratado* en cuatro, pero como tengo un compromiso, no, dos compromisos...

El empresario aparte: — ¡Ay! Cuantos compromisos!

—Espero tenga usted la amabilidad...

—¡Amabilidad!

—De obsequiarme con dos más.

—Sí, una para cada compromiso. Pues amigo, ¿y qué me deja usted para el público?

—¡Para el público! Antes están los críticos. Muy buena estaría una comedia sin ellos.

Digitized by Google

—Por lo menos mejor que sin público. Seis entradas por un *bombo* de una columna es demasiado caro.

—Pero con aplausos durante la función...

—Doy cinco, por eso, nada más que cinco. Hoy vinieron media docena de críticos, y por aplausos durante la función,—le prevengo á usted que son de los *frenéticos, y bombo* colosal de tres columnas, —me pidieron cinco entradas, y no estoy dispuesto á pagar más.

—Pero no tendrían compromiso. Yo tengo que llevar mi novia al teatro, me lo ha pedido llorando y me he visto en la necesidad de decirle que sí la llevaré. Y las tres hermanas, en cuanto supieron esto, quisieron venir también, y tras ellas mi futura suegra. Con que, si bien observa usted, no es mucho lo que pido.

—Mal, muy mal ha hecho usted en enamorarse,—lo que me parece casi im-

Digitized by Google

posible en un crítico teatral,—sin ten en cuenta que no le bastaban cuatro en tradas para poder cumplir sus compromi sos con la familia de su novia.

—Qué quiere usted, señor empresario ¡la ví tan linda!... Porque ha de saber usted que mi novia es muy linda.

—Tanto peor para usted.

—Y me enamoré. Cuando quise reflexionar ya era muy tarde. Después pensé que un empresario tan bueno como usted me sacaría de tal aprieto....

—Y pensó usted muy mal, porque estoy dispuesto á no dar más que cinco. Y es mucho, créalo usted. *Bombo* de una columna, llamando únicamente célebres á los mejores artistas de la compañía y aplausos *acalorados* de una sola persona....

—No, señor empresario, diga usted de varias personas, porque haré aplaudir á mi novia, á las hermanas de ella y, si se empeña usted, hasta á mi suegra, que

Digitized by Google

tiene un par de manos especialísimas.

—¡Ah! vamos, eso es otra cosa,—dijo, por fin, el empresario. Si hubiese empezado usted por ahí, no hubiéramos demorado tanto en arreglarnos.

Y entregándole dos entradas más, continuó:

—Ahí tiene usted; pero dígale á su señora suegra que trate de que no la vean cuando aplauda, porque de lo contrario no faltará algún tuno que la silbe y.... se me disgustarían los artistas.

Y el crítico, lleno su corazón de gozo y agitado su espíritu travieso, se retira silbando el aire de la habanera de "Los Ratas", que viene al caso como de molde.

Al salir á la calle se encuentra con un amigo, — porque han de saber ustedes que también los críticos teatrales tienen amigos.

—¿Cómo te ha ido?—le pregunta el otro.—¿Has conseguido las entradas?

Digitized by Google

—Sí, aunque con dificultad. Me ví precisado á decirle que tengo novia, y que esa novia tiene tres hermanas y madre, y que las haría aplaudir á todas. El pobre se tragó la píldora, y aquí me tienes con las seis butacas (enseñándoselas).

—¡Y no miente!—exclama el otro.

—De las cuales cuatro las venderé á algún amigo, de los más bobos que tenga, y dos las guardo para nosotros. ¿Qué te parece? Muy bueno es meterse á crítico teatral, ¿eh?

—Ya lo creo! Pero, dime, entonces aplaudiremos los dos, nada más.

—¡Aplaudir! ¡Mira que eres infeliz!

—¿Por qué?

—Porque sería echar á perder todo. En cuanto levanten el telón empezaremos á silbar hasta que lo bajen.

—O que nos saquen á la calle.

—Que lo mismo da.

—Pero es demasiado maldad que des-

Digitized by Google

pués que te ha regalado seis butacas le silbes la compañía.

—Tonto, es especulación. Así mañana me dará doce y venderé diez. Y en la función que sigue...

Pero aquí se aproximó al oído de su compañero y no pude oír más. Casi, casi me felicito de ello, porque de lo contrario no sé á donde habríamos ido á parar.

Gran desgracia es que haya tantos pillos en el mundo, que alcancen, aun más, y sobren para deshonrar las letras y las artes; pero desgracia aún más grande es que el público tenga fe tan ciega en la prensa, porque en esta, por desdicha, han anidado, anidan y quizás anidarán para siempre, críticos teatrales como los de mi artículo.

Digitized by Google

Digitized by Google

LA FAMILIA FERNÁNDEZ

Tengo el gusto de presentar á ustedes la familia Fernández, compuesta de cinco miembros.

El señor Fernández, su esposa, tres niñas casaderas y un chico, al que jamás se le vió la cara limpia, á pesar de que la señora Fernández es muy aseada, y todas las mañanas tiene buen cuidado de refregarle el rostro con una tohalla empapada en agua.

Pero el chïquitín, que es un demonio, según ella, no tarda en aparecer con la carita sucia y risueña.

Y es por eso que ella dice:

—Es imposible ver limpio á este chico.

Digitized by Google

Como es tan pícaro.... Se parece mucho á mí. Yo era lo mismo que este salvaje, cuando niña.

—Y yo,—se atreve á decir su esposo —era aún más diablo. En los cuatro meses que mis padres me mandaron al colegio, hice la *rabona* dos. Já, já! pero también me llevaba después cada palmetazo... Mi maestro era un tigre...

—¡Ay! un tigre!—exclama el niño con espanto.

—Si, hijo; un tigre, muy malo. Por cualquier cosita ¡zas! Una vez de un terrible palmetazo que me dió en la frente, me sacó un chichón tan grande como un durazno.

—¡Jesús!—exclama una de las hijas.

—Que fué creciendo,—continúa él,—con tal rapidez, que á las dos horas era ya del tamaño de una manzana. Y dos horas después...

—Del tamaño de un melón.—Mentira

Digitized by Google

tiburón—Mentira, tiburón—comienza á cantar el chico, que se perece por los versillos de las zarzuelas.

Échanse las niñas á reír de tanta gracia, y la señora también y hasta el mismo Fernández padre, se aprieta el vientre con ambas manos, pensando:

—Este chico es un diablo. Siempre me pone en aprietos, lo mismo que al pobre Timoteo.

Timoteo es un joven de veinticuatro años de edad, amigo de Fernández.

Visita la casa de éste, ó más bien, á las niñas, sin saber con cual quedarse, aunque sabe que cualquiera de ellas de buena gana se quedaría con él.

Ellas se lo disputan, no á moquetes, sinó con cintitas de diversos colores, con las que rodean sus seductoras gargantas para hacer resaltar la belleza,—suponiendo que la tienen,—de sus rostros.

Usan también algunas pinturas que su

Digitized by Google

señora mamá tiene gran cuidado en proporcionarles. Esas le sirven para tapar los desperfectos.

Don Timoteo sería un buen mozo si no tuviese la nariz en forma de podadera, la boca extremadamente grande y un ojo que mira siempre con tristeza, aunque el otro y el mismo Timoteo estén rebozando de alegría.

Pero, á pesar de eso, las señoritas de Fernández hacen lo posible para pescarlo, porque "á falta de pan, buenas y muy buenas son las tortas"; que es lo que les repite su señora madre más de doscientas veces al día.

Timoteo, todas las noches después de las ocho, se presenta en la casa de su amigo, donde es recibido por las niñas con la sonrisa en los labios; por la señora con mil palabras de asombro, de admiración y explosiones de alegría; y por su amigo con sendas palmadas, risas y gritos.

Digitized by Google

Después de esto se sientan frente á la mesa del comedor, donde empiezan á jugar á la lotería, y de donde nuestro hombre, con perdón de ustedes, sale pelado como un chingolo pichón.

¡Porque el señor Fernández tiene tal suerte!...

Figúrense ustedes, que los cuatro primeros números que sacan de la bolsita son un cuaterno para él, infaliblemente. Y, muchas veces, al salir el quinto ya hace la lotería.

Recoge entonces, con calma aparente, los centavos que hay sobre la mesa, que han sido puestos todos por Timoteo;—porque él paga por las niñas, por la dama y por el chico también.

Timoteo pone otros centavos sobre los cartones, y vuelve á perder.

Algunas veces se aventura á decir:

—Parece que yo y la suerte andamos reñidos.

Digitized by Google

—No importa,—responde la vieja, mirándole de reojo.—Ya sabe usted que "desgraciado en el juego, afortunado en amores."

—Los refranes son grandes mentiras.

—No crea,—se apresura á responder entonces la menor de las jóvenes, que es la más lista,—pocas veces se equivocan.

Y mientras ellos conversan, el viejo, lleno de entusiasmo, grita:

—¡Lotería!

Y comienza á echar los centavos en el bolsillo.

Así que terminan de jugar se dirigen á la sala, donde las niñas pasan su habitual mal humor aporreando al pobre piano, inocente de toda culpa.

A cada golpe el infeliz chilla que da lástima, y chillan las tres jóvenes, y el chico también

Mientras tanto, el pobre Timoteo, oculto en un rincón de la sala, escucha, con

Digitized by Google

la paciencia de Job, las hazañas que el viejo le refiere.

—Una vez,—dice,—cuando vivía en España, entró un ladrón en mi casa armado de un puñal tan largo así.

Y abre los brazos, los estira todo lo que puede, para señalar las dimensiones.

—Por supuesto, yo estaba sin armas, pero tuve la suerte de encontrar un bastón, y entonces, sin decir oste ni moste, me le fuí encima y pegándole un garrotazo en la cabeza, lo tendí en el suelo, de donde no se levantó jamás.

—Papá,—pregunta el chico,—¿no es el mismo que el otro día te corrió hasta el fondo porque no querías pagarle una cuenta?

—No, hijo. Ese que no me quería pagar la cuenta es otro, una persona distinguida. Por eso no hay más remedio que dejarse sobar de lo lindo ó huir.

—¡Ah, sí; hay que temer á los que mandan,—dice la señora!

Digitized by Google

—Si así no lo hiciésemos estaríamos frescos. Sin embargo, una vez castigué á un alcalde. Me debía éste dos mil duros, lo que hace, allá en España, una suma respetable. Yo, teniendo necesidad de ellos, pedí me los devolviese; pero él me respondió que no tenía dinero, y que, por lo tanto, pasase por su casa en otro momento más oportuno.

Fuí varias veces á cobrarle, pero el momento nunca era oportuno. Hasta que una noche, cansado de tanta patraña, entré en la alcaldía, y cogiéndolo del pescuezo le dije:

—¿Paga ó no paga?

Pero él, que se creía muy guapetón, me respondió con una bofetada.

—¿En la nariz, papá?—pregunta el chico.

—Si, hijo. Y yo lo cogí del cuerpo, arrojándolo, por un balcón, al fondo.

—Se mataría,—dice su esposa.

Digitized by Google

—No, ¡qué esperanza! El muy tunante disparó, y con un susto de los mil demonios se encerró en la cocina á tomar mate con la criada.

—¡Válgame Dios!—exclama su señora.

Pero la música cesa, y el chico, lleno de regocijo, y con esa inocencia que premia Dios á todos los niñitos, comienza á cantar otra vez aquellos versos:

—Mentira, tiburón—mentira, tiburón, del tamaño de un melón.

Digitized by Google

Digitized by Google

EL DUELO Y EL PERIODISMO

Un día—¡siempre lo recuerdo con pesar!—mientras estaba yo, como siempre, revolviendo en mi cerebro cuanta idea había, para escoger un tema entre los muchos que se me presentaban, se abrió de improviso la puerta de la redacción y dos hombres entraron, me miraron de soslayo y luego, haciendo una ligera inclinación de cabeza, simulacro de saludo, se aproximaron á donde yo estaba.

—¿Es usted el señor Fulano?—me dijo uno de ellos.

—Un servidor.

—Venimos,—continuó él,—porque... ya lo sabrá usted.

Digitized by Google

—No, señores, ni lo sospecho.

Me miraron fijamente. Pude observar que mi ignorancia sobre el objeto de su visita les causaba asombro.

—¿Quiénes son ustedes?—me aventuré á decir.

—¿Y lo pregunta usted? Nosotros somos los padrinos.

—¡Ah! vamos, supieron ustedes que pienso cristianar á mi chico. Mucho me alegro de verlos. Tomen ustedes asiento.

—Con que va usted á cristianar á su chico, ¿eh? Pues tenga usted entendido que con nosotros no va á gastar tanta broma.

—¡Broma! (Aparte) Sin duda á estos caballeros les parece mentira que yo tenga un chico.

Y con una sonrisa, lo más amable que se puede pedir, les dije:

—Les juro á ustedes que no es broma, que tengo un chico muy guapetón y...

Digitized by Google

—¡Habráse visto sin vergüenza mayor! Mire usted —me dijeron encolerizados— no hay arreglo, ya que usted no lo quiere. Busque usted sus padrinos y arreglaremos de modo que se bata usted pronto, mañana á las once. Y ya verá usted como de nuestro ahijado no se burla nadie!

—¡Señores, señores!... escuchen ustedes... Yo no sé lo que pasa. Háganme ustedes el favor de explicarse.

¡Nada!

Los padrinos se retiraron arrojando, con desprecio, su tarjeta sobre la mesa donde yo escribía.

Después de ésto, largo rato estuve meditando. ¿Qué hacer? Si no me bato,—pensaba,—todos dirán que soy un cobarde, hasta mis amigos.

En ese momento recibí una tarjeta; era de mi adversario; bastóme leer el nombre del que me la enviaba para comprenderlo todo. ¡Y por eso había de ba-

Digitized by Google

tirme!... Porque le había dicho que el periodista debe defender los intereses del pueblo y no los suyos particulares... ¡Maldito sea el momento en que se me ocurrió decir la verdad!—exclamé y luego me puse á meditar.

Pero... no había remedio. Muy original, y hasta increíble, me parecía eso de ventilar cuestiones de pluma con la espada, pero ¿qué hacer? Si no me batía todos se burlarían de mí, todos, completamente todos! ¡Ah! ¡Que no haya quien comprenda que el duelo es un desatino, que es una costumbre bárbara, ridícula y estúpida!.... ¡Que no haya quien comprenda que en el duelo triunfa la maldad quizá más á menudo que la razon, que vence la destreza y algunas veces la suerte, pero no el que debe vencer! Le dije la verdad á Fulano sin andarme con rodeos, y él, que se da por ofendido y que es muy diestro en el manejo de las armas, me manda los padrinos.

Digitized by Google

Al otro día nos batimos y me rompe la cabeza, por lo menos. Resultado final: Yo me quedo con la cabeza rota y él con el honor limpio, pues, estropear al prógimo en un duelo se llama lavar el honor, porque, sin duda, se figuran que el honor es trapo de cocina. ¡Ah! maldita una y mil veces sea la bárbara costumbre del duelo....

Así, reflexionando y discurriendo conmigo mismo, me sorprendió la luz del nuevo día, y no me había vestido aún, cuando llegaron mis padrinos, que me decían con la mayor naturalidad:

—No hay remedio. Tiene usted que batirse.

Para abreviar. Poco después había llegado al sitio donde debíamos batirnos.

El duelo se efectuó á sable, no sé por qué, y mí contrario, que lo manejaba á las mil maravillas, se deleitó con mi cabeza por un buen rato. Al otro día los periódicos hablaron mucho de nosotros, diciendo

Digitized by Google

que nos habíamos batido con verdadero valor.

Y no se ría el lector si alguna vez me ve, al echar de menos mi nariz, pues la he perdido en apoyo del honrado periodismo, defendiendo los intereses del pueblo.

Digitized by Google

MI PRIMA Y SU FAMILIA

Durante estos días de fiesta andaba yo con los pinceles en ristre, buscando modelo para embadurnar mi lienzo, cuando la negra suerte, que algunos dicen que es loca, me puso de manos á narices con mi prima y su familia. Estrechéle la mano, —que así lo exigen las costumbres,—y comenzamos á charlar sobre el carnaval, porque en tales días mi prima no habla de otra cosa. Figúrense ustedes el entusiasmo que tendrá por esta fiesta, que desde cuatro meses antes viene preparándose los trajes de disfraz, así como los de toda la familia, que no es corta. La careta no la prepara porque, como todos sus hijos, no la necesita.

Digitized by Google

—Dios me la ha dado buena,—dice hablando de su suerte.

Lo mismo podría decir hablando de su cara.

¡Ya lo creo!

Imagínense ustedes unos labios que parecen dos cachos de morcilla, una nariz que de tan roma le cubre la cara, un ojo que no ve y otro que no mira, y ya tienen ustedes el retrato del rostro.

Mis amigos, cuando les hago alguna picardía,—porque, preciso es confesarlo, todos somos pícaros,—en lugar de decirme: "Para tu abuela la tuerta", me dicen: "Para tu prima la del ojo triste." Estos muchachos de la época se perecen por dar novedad á los adagios.

Tiene tantos hijos que nunca he podido contarlos. Lo cierto es que, en más de una ocasión, al entrar ahí, he creído estar presenciando "Los siete días del Génesis", al ver tantas especies... de chicos. Uno

Digitized by Google

es bajo, regordote, con toda la cara de la mamá y la nariz del tatita, que es piramidal; el otro enjuto de cuerpo y con cara de niño mamón, y el otro... con cara de tonto, que así está dicho todo. Después al de la cara de tonto sigue un bizco, y al bizco un tartamudo, y al tartamudo, una chica que pone siempre los ojos en blanco, porque su mamá le dice que así está muy hermosa.

A la chica sigue otro varón que tiene el labio superior en continuo contacto con la nariz, y el inferior que le cuelga sobre las solapas del saco. A éste sigue otro, y otro y otro.... En fin, la casa de mi prima es un verdadero corso con toda la variedad de caretas en los disfrazados.

Después de haber charlado un momento, mi prima me invitó á comer, y me ví precisado á aceptar, porque es ella de esas mujeres que no admiten *cumplidos*.

Así llama á las respuestas evasivas.

Digitized by Google

Ya en la trampa, y sin poder huir, dirigíme á la casa de ella á eso de las siete de la noche. La mesa estaba puesta y nos sentamos en seguida. Aquello era de verse. Un chico coge la botella con una mano y cuando la ha levantado, se le cae sobre el plato, y plato y botella saltan hechos pedazos, entre las carcajadas de los hermanitos y los retos, gritos y desesperación de los padres. El otro, el más pequeñito, se empeña en servirse la sopa él mismo, y por cada cucharada que echa en el plato, cuatro las vuelca sobre el mantel y dos sobre mi pantalón, porque lo tengo á mi izquierda. Después quiere servirme con la misma cuchara con que ha comido y los padres ríen y celebran la *fineza*.

—Es el mejor educado,—dicen llenos de gozo.

—¡Cómo serán los otros!—pienso; y aunque en mi interior reniego de mi mala

Digitized by Google

suerte, pretendo sonreírme, lo que debo hacer muy mal, porque el chico que tengo á mi derecha ríe á carcajadas, dando con la cuchara sobre la mesa y diciendo:

—Mira, papá, nuestro tío se ríe como el payaso del circo!

Y los padres aplauden la gracia.

—Este es el más demonio,—digo, pensando:—¡Ojalá estuviese en el infierno!

Entre tanto, el de la izquierda se ha trepado sobre la mesa, empeñado en coger una mosca, que dice haber visto caer en mi plato, para lo cual mete dentro de éste, hasta el codo, su mugriento brazo.

—Como él tiene mucho asco á las moscas, cree que tú tambien y por eso quiere hacerte comer, limpio,—dice mi prima.

—Ya veo. Da gusto verlo . . . lejos.

Y mientras hago lo posible por sonreírme, lo que aún no he conseguido, otro coge un ala de pavo y me dice:

Digitized by Google

—Tío, á que le pego!

—¿A que nó?—respondo, que es lo primero que se me ocurre.

No lo hubiera dicho. El chico, para hacer ver que sí puede pegarme, me arroja el ala y me acierta en la nariz, y todos ríen á mandíbula batiente. Finjo reírme yo también y él, viendo que su ocurrencia ha hecho gracia, me toma por blanco y me arroja una pata de pollo, y tras la pata la cabeza, y tras la cabeza una perdiz entera. Entonces me echo bajo la mesa y, para disimular la cólera que de mí se apodera, grito:

—¿A que no me pegas ahora?

Y el chico salta de la silla, se mete bajo la mesa antes de que yo haya salido, y quiere arrojarme la salsa que tiene en su plato, y salsa y plato vienen á darme en la cabeza.

—Este sí que es el más demonio,—digo yo.

Digitized by Google

Y entonces sale otro que también quiere ser demonio, y no teniendo perdices para arrojarme, me echa una copa de vino vociferando con la mayor alegría que puede caber en corazón humano.

--Tío, es carnaval.

—Sí, carnaval—replico, loco ya, buscando una puerta por donde escabullirme.

Por fin mi prima viene á sacarme de tal suplicio. ¡Oh, nunca lo olvidaré!

—Niños,—dice,—basta de broma...

¡A eso llama broma!

—Dejen ustedes comer á su tío.

Entonces, como por encanto, todos los chicos vuelven á su asiento, y todas las perdices á su plato.

Pero ¡ay! la fiesta continúa y, mientras converso con mi prima, el chico me mira sonriente.

No sé qué hacer.

Si lo miro fuerte, llorará tal vez; si le sonrío, me arrojará la perdiz.

Digitized by Google

Y mientras permanezco indeciso, veo que echa la mano al plato...

Pero una idea se me ocurre y creo salir del paso.

—Nene,—le digo con la mayor afectuosidad que es posible fingir,—no me tires que puedes pegarle á tu mamá.

Pero esto me pierde, ¡necio de mí! El chico dice que no tema, que donde tira acierta y en cuanto lo dice ya no me cabe duda, porque un hueso viene á clavarse en las solapas de mi desdichada levita.

Santo Dios!...Malditas sean las primas, los sobrinos, las alas de pavo, las patas de pollo, las perdices, los huesos!... Sí, maldito sea todo eso.

Por fin termina la comida. ¡Oh, qué feliz soy!—pienso, creyendo poder retirarme. Pero no es así, porque mi prima se empeña en que pasemos á la sala, y allí me conduce al piano y me dice, con la mayor franqueza que puede haber entre primos:

Digitized by Google

—No quiero que te retires sin que me toques algo.

—No, prima, no tengo ganas de tocarte nada. Otro día.

—No, no, ahora,—dice ella, que está muy dispuesta á no dejarme salir.

—¡Ahora, ahora!—vociferan los chicos también.

Descubro el piano y los chicos me rodean, empeñados en llevar el compás como su profesor. Y en cuanto empiezo á tocar, veo todos los bastones de la casa girando sobre mi cabeza.

—Sobrinitos,—les digo,—no se molesten ustedes, que el compás puedo llevarlo solo.

Pero no hay remedio, hay que salir de allí con algo roto.

Y en cuanto pretendo dar vuelta la hoja, cae un palo sobre mi cabeza, y después otro, otro, y otro...

Pero ¿á que enumerar lo que padecí

Digitized by Google

aquel día? Baste con decir que á las doce de la noche aún no había podido salir de la fatal casa, porque mi prima quiso que viera todos sus trajes y los de su hija.

¡Oh, Dios mío! ¡Cuán triste es tener en esta vida primas con tantos hijos!

Digitized by Google

BUSCANDO EMPLEO

Así que llegaron las dos de la tarde cogió Perico las cartas de recomendación que tenía para el ministro X, que no sé cómo, ni importa saberlo para el caso, había conseguido. Echóselas en el bolsillo y tomando su sombrero salió á la calle, diciendo para sí:

—Como consiga empleo, comeré á la fija.

Caminaba precipitadamente, tropezando con todo el mundo, brincando de gozo, pues el inocente se figuraba que ver á un ministro es como ver á un hombre. ¡Pobrecillo! ¡Qué engañado estaba! ¡Cuántas y cuántas veces al pretender hablar con

Digitized by Google

el ministro X, tuvo que hacer antesalas de cinco y seis horas, para retirarse después con una ilusión menos y un desengaño más! ¡Cuántas y cuántas veces se presentó en la casa particular del ministro y dejó la tarjeta, y volvió después, y tornó á retirarse, y tornó á volver, y...!

Pero un día (¡en este mundo suceden tantas casualidades!) consiguió ver al ministro, y se figuró que tenía cara de dar empleo. Perico estaba tan emocionado que, después que entregó las cartas que llevaba, no sabía cómo empezar. Y la cosa no era para menos; ¡estaba en presencia de un ministro! Pero éste le sacó de aprietos dirigiéndole la palabra.

—Usted quiere un empleo,—le dijo secamente.

—Sí, señor, un empleo,—respondió Perico, turbado.—Quisiera un empleo porque...vamos, porque creo tener aptitudes...usted lo dirá.

Digitized by Google

Y no acertó á decir lo que deseaba.

El ministro lo miró de hito en hito.

—Usted, quiere un empleo,—volvió á decir, alzando la voz.

—Sí, señor, á eso vengo.

—Un poco tarde llega, pero eso se remediará. Antes es preciso ver si usted lo merece. Usted, es de los nuestros, supongo.

Perico vaciló; no comprendía.

—Pregunto si es usted de los nuestros, —repitió el ministro, ya de mal humor, porque estos señores tienen tanta paciencia como generosidad.

—Sí, señor, de los nuestros, — respondió Perico, sin saber lo que se decía.

—Y...¿cuántas veces ha votado en las últimas elecciones?

—¿Cuántas?...Ninguna.

—¡Y quiere usted, empleo! Vaya, amigo mío, me parece que no está usted al corriente de estas cosas. ¿Cómo quiere

Digitized by Google

usted tener empleo, si no ha votado ni una vez?

—Señor,—respondió Perico,—yo no sabía que para desempeñar un puesto como se debe, ganando el pan honradamente, fuera preciso haber votado.

—Pues mal hacía usted en no creer eso. Usted no ha votado...Nada se puede hacer,—repuso á su vez el ministro.

—Pero, señor, yo sé escribir; sé copiar...Con decirle á usted que he sido periodista...

—De la oposición, seguramente. Buena pieza es usted. Ya se ve que ha sido usted de la oposición, que á haber sido de los nuestros otro sería su estado, y no vendría á molestarme.

—Le juro á usted que...

—No jure usted nada. Usted no ha votado y basta.

Perico sintió escapársele el empleo y desesperado retorcía los dedos.

Digitized by Google

—Ah!—exclamó en voz baja,—¡malditos sean todos los ministros, todos!.... ¡completamente todos!...

Y se quedó abismado en sus tristes pensamientos. Después, volviendo en sí, dijo:

—Yo creo, señor, que soy capaz, y muy capaz, de desempeñar como se debe el puesto que se me diera. Y no habría quejas de mí, como las hay de tantísimos empleados de los cuales no cesan de hablar los periódicos...

—Los periódicos de la oposición,—respondió el ministro ardiendo en ira.—Esos periódicos escritos por un puñado de hambrientos, en venganza del empleo que se les niega.

—Bien,—continuó Perico,—no es mi ánimo venir á hablar mal de nadie, ni á quejarme de lo que nada me importa. Lo que quisiera saber es si puedo tener esperanzas....

Digitized by Google

—Esperanzas!...Ni de que lo ahorquen siquiera; porque en los tiempos que corren ni eso se puede hacer,—respondió el ministro. Y acabe usted de embromarme, que, ya se lo he dicho, (alzando la voz) no ha votado usted y no tiene empleo.

—De modo que...

—Se manda usted mudar, inmediatamente!

Perico se retiró triste y cabizbajo. ¡Pobrecillo! Verdad que la cosa era para disgustarse. Honrado, instruido y educado podía ocupar perfectamente cualquiera de esos empleos que se dan por partidismo á cada paso.

Pero...¡no había votado!

Digitized by Google

ESCENAS DE COMEDIA

—Buenas tardes, pichón,—decía Julia á su esposo al verle llegar de la oficina.—Me alegro de verte tan contento.

—¿Sí? Y cree que yo también me alegro de ello. La verdad es que no todos los días estoy tan contento como hoy.

—¿Y cual es el motivò, chinito mío?—le pregunta Julia abrazándole.

—El motivo de mi alegría, amabilísima esposa, es que me han ascendido. Ya era tiempo, no te parece?

—¿Vaya si lo era! Por cierto que ahora llevaremos otra vida. Como tu sueldo será mejor... Y á propósito, tengo que pedirte algo...

Digitized by Google

—¿Eh?—responde su esposo con cierto temor.—¿Me tienes que pedir algo?...

Y aquí Julia le abraza, le besa y le acaricia.

¡Cosas de mujer!

Luego continúa:

—Sí, voy á pedirte algo. ¿Serás condescendiente?

El marido, aparte:

—Me espanta... En fin, ¡valor!...

Y luego, dando á su rostro la mayor expresión posible de afectuosidad, continúa:

—Pide todo lo que quieras, negrita.

Julia mira á su esposo con ojos de cesante, pretendiendo enternecerle.

Después le abraza y aproximándosele hasta rosarle con sus labios un oído, le dice con mucho mimo:

—Quisiera ir al teatro.

El marido tiembla.

Un minuto de silencio. Luego Julia vuelve á hablar:

Digitized by Google

—Sí,—dice,—quisiera ir al teatro. Esta noche se da en el Nacional "Divorciémonos", pieza que, según me han dicho, es muy buena.

El esposo, distraído:

—Divorciémonos... Excelente título para una pieza de teatro. Me parece que ha de ser muy buena y que ha de haber allí mucha verdad.

—Sí, y dicen que es muy moral,—se apresura á responder Julia.

—Lo será, pero....

—¿Pero qué?

—La entrada vale cinco pesos.

—¿Y eso te desanima?

—No.

—¿Y entonces?

—Me espanta.

—¿Te espanta? ¡Vaya que eres asustadizo!

—El caso no es para menos. Nuestra situación pecuniaria....

Digitized by Google

—No me hables de política,—le interrumpe Julia.—Estoy tan hastiada de eso....

—Si esto no es política, mujer. Es verdad, pura verdad y nada más.

—Basta, basta por favor,—continúa ella, juntando sus blancas manecitas.—Basta, que de estúpidas digresiones estoy hasta los topes.

—Y yo lo mismo, hasta los topes,—responde el marido, llevándose ambas manos á la frente para cerciorarse de lo que dice.

Aquí la joven esposa estalla.

—¡Maldita sea mi suerte!—exclama,—maldita mi actual situación y maldito todo lo que me rodea!

Y después de tanto maldecir finge llorar.

Pero pronto vuelve en sí y continúa:

—Oh! Esto solo lo hace mi esposo. El vecino es otra cosa, porque él ama á su esposa y colma todos *sus* deseos.

Digitized by Google

—Ya colmaré yo los míos, como el vecino.

—Él la lleva á Palermo....

—Sin duda porque hay allí fieras.

—La lleva á los bailes, á los teatros y...

—Pero, mujer, él no es yo, es el vecino. Él gana sin trabajar; yo trabajo y nada gano. El.... En fin, nada tengo que ver con el vecino.

—¿Nada? Yo sí y mucho.

—¿Mucho?.... ¿Eh?....

—Sí, mucho,—repite ella con sorna.

Y, después, levantando uno de los brazos deja ver, ceñida á su muñeca, una hermosa pulsera rodeada de brillantes.

Él marido se queda pasmado.

¿No les parece á ustedes que, muchas veces, por querer presenciar una comedia se representa otra?

Digitized by Google

Digitized by Google

LOS COCINEROS IMPROVISADOS

ESCENAS CÓMICAS DEL HOGAR

Aquí, en la populosa ciudad de Buenos Aires, es cosa más difícil de lo que parece conseguir criada, pues reina gran escasez de brazos fregatrices.

Tal vez es consecuencia de su prosperidad y adelanto.

Cierto; porque si en un país hay servicio doméstico, quiere decir que hay pobres. Aquí, por lo que voy viendo, parece que todos somos propietarios.

Si se consigue sirviente es por casualidad. Las columnas de los diarios están atestadas de avisos de esta especie: "Se precisa una sirvienta para todo *servicio*".

Digitized by Google

"Se precisa una mucama que sepa cumplir con sus *obligaciones.*" "Se precisa una niñera con cama". "Se precisa"... En fin, se precisan muchas cosas, pero nada se obtiene.

Por eso nuestras elegantes damas se ven hoy en la necesidad, bastante triste, por cierto, de pasar de la sala á la cocina. Los maridos, tratando de hacer más llevadera la pesada carga de sus respectivas consortes, las ayudan en lo que pueden, cuando están libres de su mucha tarea.

Y de allí lo cómico.

Hay maridos que van al mercado á proveerse de lo necesario para comer y resulta que, las más de las veces, le dan gato por liebre.

Y la esposa, que recibe gato, gato da.

Quiero decir, cocina gato.

¡Y en qué aprietos se encuentran después los improvisados cocineros!

—Haganos un pucherito,—dice la se-

Digitized by Google

ñora.—Por hoy contentémonos con eso

—Cualquier cosa comeré con tal de verte contenta,—responde el marido, que es un modelo de bondad.

La dama comienza á meditar.

—¿En qué piensas, querida paloma mia?—le pregunta su esposo.

—Pienso si, para hacer el puchero, será preciso poner primero la carne ó el agua.

Y aquí es el marido quien medita.

—Bueno,—dice por fin,—pon primero lo que se te antoje, que lo mismo ha de ser.

—Pero... ¡quién sabe lo que resultará de lo que hagamos! Mejor sería acertar, ¡Si yo hubiese visto cocinar alguna vez!... ¿Tú, nunca has visto?

—Sí, muchas veces, cuando teníamos aquella cocinera muy buena moza.

—¡Pillo! Ya me acuerdo... Una vez te encontré en la cocina. ¿Y qué has aprendido aquí?

Digitized by Google

—¿Qué he aprendido? A amar con delirio!

—¡Sin vergüenza!

—¡Y desde entonces te amo tanto!...

—Sí, mucho me quieres; pero no tanto como á la cocinera.

—¡Celosa! Te quiero mucho más, y si te enojas te doy un beso.

—Si te lo permito.

—Y aunque no me lo permitas también

—Lo veremos.

—¿A que te lo doy?

—¿A que no?

—¡Toma!—dice su esposo, aplicándole en la boca un sonoro beso.

Y luego la coge por el talle, le da otro, otro, después otro y después .. se olvidan de la comida.

Pero esto tratándose de buenos esposos.

Hay maridos que al pensar què están sin cocinera se ponen de mal humor.

Digitized by Google

Y con razón, porque se quedan sin su *manjar* favorito.

A más de dos matrimonios he visto riñendo en la cocina.

—¡Bruto! primero se ponen las patatas, —dice enfurecida una dama á su esposo. —Mira, me has echado á perder todo.

—La culpa la has tenido tú de no avisarme con tiempo. Yo he venido á ayudarte y hago todo lo que puedo.

—Sí, mucho me has ayudado. Si es esto todo lo que puedes hacer bien harás con retirarte.

—Gracias, paloma mía,—responde el marido irónicamente, herido en su amor propio de cocinero. — Gracias, muchas gracias. ¡Qué no sirvo para nada!... Está bueno. Esto me lo dices después que he mondado las patatas y echado el agua en la olla, y....

—¡Haberme embromado á tu antojo, maldito!

Digitized by Google

Y aquí la improvisada cocinera crispa los dedos, levanta sus manecitas tiznadas y las aproxima, en son de batalla, á la nariz de su amor (vulgo marido).

Él la mira encolerizado; y luego, apretando los puños, los ojos vueltos al cielo, exclama:

—¡Ah! ¡Qué desgracia es que se haya ido la cocinera! Cuando ella estaba....

El infeliz iba á continuar: "no sucedía esto"; pero su esposa, en el colmo de la cólera, se apresura á responder:

—Sí, ya lo sé. Cuando ella estaba.... era otra cosa. No me lo digas, que muy sabido lo tengo.

—¡Que lo tienes muy sabido!... ¿Pero qué? ¡Señor!... ¡Ah! ¡Cuán triste es ser casado en estos tiempos!

Y cogiéndose de los cabellos se los arranca á puñados.

Su esposa, en tanto, echa patatas sobre patatas, luego carne, luego agua, has-

Digitized by Google

ta que de adentro de la olla empieza á levantarse una torre semejante á la de Eiffel.

Cuando llega la hora de servir la mesa se cerciora de que nada *sirve* y desesperada, entonces, exclama:

—¡Ay! ¡Cuanta falta me hace aquel cocinero que tenía papá cuando era yo niña!

Y, cubriéndose con ambas manos su hermoso rostro, comienza á sollozar; y, sollozando ella, maldiciendo él la hora de su enlace, continúan los dos.

Y después de esto ¿se atreverán ustedes á casarse sin preparar una *fiel* cocinera de antemano?

Digitized by Google

Digitized by Google

EN FAMILIA

—Yo no sé, francamente, por qué no encuentra marido mi hija,—dice doña Pepa, robusta matrona de cuarenta años de edad, que se perece por tener un yerno. —No es tan fea... La verdad es que hoy sólo las costureras se casan, porque para esto es necesario ser desvergonzada. A los hombres les gusta eso.

Y mientras así habla, da sendos escobazos sobre el piso del patio, que, con perdón de ustedes, está más sucio que camisa de propietario.

La hija de doña Pepa es una ricura, que no tiene otro defecto más que ser extremadamente delgada, y tener dos ojos

Digitized by Google

que jamás están de acuerdo, porque cuando uno mira hacia arriba, el otro se empeña en mirar hacia abajo.

Esto, sin embargo, es una ventaja, según doña Pepa, pero... á los hombres no les gusta, y no hay remedio.

¿Ustedes creerán por esto que la hija de doña Pepa no tiene pretendiente?

Pues tiene uno, y bastante grande, por cuya razón no le gusta.

Por eso dice á su mamá:

—Yo no quiero casarme con Macario, porque es muy grandote, y tiene una barriga!...

—Y eso ¿qué importa, hija?—responde la madre,—si todos la tenemos.

—Sí, pero no tan grande, tan abultada, que no parece sino que lleva media docena de conejos escondidos allí.

—Cállate; pareces una inocentona. El vientre abultado da al hombre cierto aspecto distinguido. Ya te habrás fijado en

Digitized by Google

que casi todos los médicos tienen un gran vientre.

—Sí, pero eso no quiere decir que no sean feos, horribles y...

—¡Ay! Jesús, cuánta delicadeza, cuántas tonterías!...

Si sigues así, te quedarás para vestir santos.

—Lo prefiero, antes de casarme con Macario.

—Necia, tonta, siempre serás lo mismo. Mira, María; con tus escrúpulos no harás nada. No debes olvidar que tienes ya veintiocho carnavales.

—¿Con mascaritas, mamá?—pregunta un chico, hijo también de doña Pepa, que se presenta á medio vestir.

—Corre á vestirte, demonio, que si coges un constipado, yo te voy á arreglar. ¡Válgame San Crispino, que dos! ¡Si me van á volver loca!

—A que no sabes, Pepita, á quien

Digitized by Google

acabo de ver?—dice un grueso señor que llega de paseo, con el sombrero en la mano y el cuello de la levita mitad adentro y mitad afuera.

—Si no me lo dices... ¡Qué sé yo! Puedes haber visto tantas cosas!...

—Pues acabo de ver á don Luis, al padrino de ésta (señalando á María). Está lo más grueso, lo más buen mozo... Un poco quemado del sol, eso sí, pero siempre joven y alegre.

—¿Ahora vive aquí en La Plata?

—Sí, y piensa venir á visitarnos. Me preguntó por nuestra hija, y...

—¿Le dijiste que aún es soltera?

—¡Oh! sí, mujer, no me iba á olvidar eso

—¿Y él que te dijo?

—Que vendría á vernos hoy mismo, con un sobrino suyo, rico y muy buen mozo.

—¡Ah!—exclama su esposa, llena de alegría.

Digitized by Google

—Papá, — dice el chico,—si ese señor rico tiene la barriga muy grande, no lo recibas en casa, porque sinó María se pondrá de mal humor, ¡y me dará cada pellizco!... como esos que me da cuando viene Macario.

—¡Te pellizca! ¡Pobre mi chiquitín!—exclama Braulio tomándole en brazos.

—Sí,—responde el chico,—y mamá también.

—¡Ah, gordote! Si pareces un Judas de esos que quemaban antes en las calles.

—¿Me trajiste los confites, papaíto?

—Sí, hijo, me olvidaba de dártelos. Toma,—dice, entregándole un paquetito, que saca de un bolsillo de la levita.

Después lo sienta encima de una de sus rodillas, y comienza á hacerlo saltar.

—¡Hica, hicaaa!... ¡caballito!... Ya llegamos á Morón.

Pero el chico, sin hacer caso de eso, se llena la boca de confites, y los hace

Digitized by Google

crugir bajo sus dientes, que es un contento.

—¡Demonio!—exclama el padre. - Pareces la mula del panadero cuando come maíz.

Y el chico ríe á carcajadas, sin cesar de mascar confites.

En tanto, doña Pepa sigue barriendo y pensando en el sobrino rico, mientras su hija, oculta en un rincón de la sala, medita sobre el abultado vientre de Macario.

—¡Caramba!—exclama.—Si no fuese tan grande, pero . . . no hay remedio.

Poco después suenan dos golpes en la puerta, y el padrino de María se presenta acompañado de su sobrino.

Doña Pepa los recibe con la escoba en la mano, exclamando:

—¡Don Luis!. . . ¡usted por aquí!. . . . ¡Cuánto me alegro de verlo!

— Sí, señora, yo soy, que vengo á visitarlos y á presentarles, á la vez, este joven, sobrino mío.

Digitized by Google

Y aquí, doña Pepa y el sobrino rico se estrechan la mano.

Después de mil cumplidos se aproximan los tres á la puerta de la sala, donde empieza aquello de: "Pase usted primero". —"Hágame usted el favor".—"No, señor, hágame usted el gusto" y donde permanecen hasta que se han hecho el gusto ó el favor.

Así que entran, el chiquilín corre en busca de su hermana, para decirle que ha llegado un señor que no tiene el vientre abultado.

María se apresura á presentarse en la sala.

El sobrino rico, es un buen mozo, pero tiene un labio partido, una pata coja y una protuberancia á cada lado de la frente.

Por eso doña Pepa, dice:

— Hará juego con mi hija. ¡Si le viene de molde!

—Mira, María,—dice el chico,—ese

Digitized by Google

hombre tiene cuernos... ¿Así son los del diablo, mamá?—pregunta después á su madre.

—¡Pero, hijo!...

—¿Usted es casado?—pregunta entonces Braulio, con mucha curiosidad, al sobrino rico.

—No, señor. Hasta ahora no pienso...

—¡Ah! no piensa todavía,—murmura doña Pepa, abriendo la boca de tal modo, que no parece sinó que quiere tragarse al sobrino rico con todo su dinero.

—Le diré á usted... como soy aún joven...

—Está en la edad. No hay que dejarse pasar los años....

Y aquí el sobrino, que no es muy despejado, se queda con cara de *tío*, sin saber qué decir.

Pero toma la palabra don Luis.

—Mi sobrino dice que no piensa casarse, por ahora, pero si encontrase alguna

Digitized by Google

joven de esas que nos suelen poner nerviosillos... ya lo veríamos. ¿No es verdad, Pepa?

Y diciendo esto, mira de reojo á su ahijada.

—Ah! sí, puede ser que... algún día...

—Le dé á usted por ahí, ¿eh?--dice Braulio.—No estaría malo.

—¡Ya lo creo que no!—murmura entre dientes doña Pepa.

—Porque,—continúa Braulio,--el hombre casado es muy feliz. Sobre todo, cuando tiene un Judas como este... como este Macabeo...

Y estruja al chico entre sus brazos.

—Ah, sí,—responde el sobrino,—es una dicha el tener un chico así... tan vivo!

—Cásese usted y lo tendrá,—se apresura á decir doña Pepa.

Y el sobrino vuelve á quedarse tieso como la estatua de Massini.

Digitized by Google

Así que los visitantes se retiran pregunta doña Pepa á su hija.

—Y éste, ¿qué tal te parece? No dirás que tiene el vientre abultado.

—No, pero en cambio tiene dos cuernos!...

Por eso no quiero casarme con él.

—Nunca estás conforme, hija; pretendes demasiado. Si esperas un príncipe...

En fin,—murmura después,—Dios los ha criado y confío en que ellos se juntarán, tarde ó temprano.

Digitized by Google

LOS PREPARATIVOS

ESCENAS DE CARNAVAL

Cuando el Carnaval se aproxima comienzan á verse en los escaparates de las casas de negocio las largas narices, los labios abultados, las frentes pequeñas y oprimidas, etc., etc.; y comienza á verse también esa multitud de trajes de disfraz, de distintas clases y gustos, y al alcance de todos los bolsillos, con los cuales los napolitanos pudientes se hacen príncipes, y las personas de gusto cómico se hacen casi frailes y los frailes se hacen... ¡qué se yo lo que se hacen!

Pero no dudo de que en esos días olvidan que son ministros de Dios, por lo cual

Digitized by Google

éste, encolerizado, les suele azotar el lomo con cada chaparrón de agua. . .

En estos días hay quienes no se atreven á pasar delante de un escaparate; y si forzosamente tuviesen que hacerlo, pasan con la cabeza baja, mirándose los pies y ruborizados hasta la médula de los huesos.

Por eso suelen tener lugar escenas por este tenor.

—Mira, Paco,—dice una elegante matrona á su esposo, respetable caballero de rostro enjuto y nariz piramidal,—es preciso que nos acompañes á lo de Fulano (una casa de negocio donde venden artículos de carnaval) para comprar unos antifaces á nuestras hijas.

—¡Pero, mujer! ¿No basta con que las acompañes tú?—responde el marido desesperado.—¡No tengo ganas, de veras!

—¡Ah! Pero es que para eso no se debe esperar á tener ganas. Todos los padres acompañan á sus hijas en estos días.

Digitized by Google

—¿Todos? Lo dudo.

—Es verdad, todos no, porque tú eres uno de los que poco caso hacen de si se divierte ó no la familia.

—Pues es empeño el de quererse divertir... así...

Y el marido comienza á acariciarse la nariz.

—¿Vienes?—le pregunta su esposa.

—¡Estoy tan cansado!... Lo haría con el mayor gusto, pero...

—No quieres, ¿verdad? ¡Vaya un modelo de padre de familia! En tanto el esposo de Zutana, el de Mengana (y aquí el esposo de todas las amigas) ya habían comprado todos los trajes para las hijas y los niños, incluso las caretas.

—¡Las caretas!—exclama el marido temblando y cubriéndose la nariz con ambas manos.

—Sí, las caretas,—repite á su vez la esposa.

Digitized by Google

—¡Yo también quiero careta!—vocifera un chico, que viene á terciar en el diálogo. —¡Una careta linda!

—Ya ves,—dice la dama aprovechando la coyuntura,—el chico también quiere disfrazarse y si no compras lo que pide se disgustará.

—Ya lo creo que me disgustaré.... y lloraré también.

—¿Vienes?—pregunta por segunda vez la dama.

—Bien,—responde Paco, levantándose perezosamente de la silla en la cual está sentado.—Pero iremos en carruaje.

—¡Ah, papaíto!—dice el chico, batiendo palmas.—¿Me comprarás la careta?

—Sí, hijo. ¿De qué tamaño la quieres?

—Chiquita así...—y pone una manita casi junto á la otra,—y con una nariz grandota como la tuya, para hacer reír á abuelito.

—¿No ves?—dice Paco á medio llorar,

Digitized by Google

dirigiéndose á su esposa—¿Cómo quieres condenarme á que te acompañe?—¡No, no debo, no puedo, no quiero!...

Y el infeliz, abatido en extremo, deja caer la cabeza sobre el pecho y sepulta la nariz entre las solapas de la levita, mientras su esposa lo califica de necio, de tonto, y de otras lindezas.

En tanto, el chico se echa á llorar, vociferando entre sollozos:

—¡Yo quiero una careta con la nariz como la de papá!

Las narices largas son las que más abundan y hay quienes sacan partido de ello, porque á veces sirven para poner término á una discusión, probando la verdad de lo que se sostiene.

Y observen ustedes.

Ayer iban cogidos del brazo dos escritores de costumbres, discutiendo sobre la mejor manera de escribir.

—Mira, Pablo,—decía uno,—es inútil

Digitized by Google

me digas que las más de las veces el chiste depende de la exageración. Un defecto exagerado me horroriza.

—Pues á mí me hace reír. Y además, querido Temístocles, ya sabes que pertenezco á la escuela española. Créelo, los defectos deben corregirse exagerándolos.

—No soy de tu opinión. A mí me parece que en eso no hay sátira.

—Es que no me entiendes, según veo. Mira,—dijo Pablo, cogiendo de un brazo á su compañero y poniéndolo frente á un escaparate en el que se veía multitud de caretas,—tú tienes la nariz larga (te lo digo en confianza) aunque no es tan larga como esta—señalando una que se veía en la vidriera—sin embargo, si bien observas, verás que esta nariz es una sátira á la tuya. Por eso el escritor de costumbres debe pintar siempre *narices largas* como las de la careta.

Yo también opino como Pablo.

Digitized by Google

¡Y cuántas narices he pintado y cuántas he de pintar!

También el modo de disfrazarse, da mucho que pensar á los que no pueden pasar esos días sin dar un par de *bromitas* á sus relaciones. ¡Como si solo en carnaval fuera permitido eso, y como si no se hiciese todos los días!

No deben, pues, extrañarse ustedes, de que la familia *Corchete* se ocupe ahora de la cosa.

—Yo me disfrazo de burro,—dice el señor Corchete.

—Es que te conocerán en seguida,—opina su mujer.—Disfrázate, más bien, de mono, que ese traje te sentará mejor.

—No, papá, de diablo es más lindo, —asegura un chico con la mayor inocencia. —Te pones unos cuernos así..., muy largos...

—No, hijo, no; me disfrazo de burro, por más que me conozcan,— continúa dicien-

Digitized by Google

do el señor Corchete, empeñado en ello.

—Bueno, haz lo que quieras,—dice por fín su esposa.—Lo que es yo me disfrazaré de dama de caridad.

—Eso sí que es un sarcasmo,—exclama el señor Corchete.—Los papeles deben ser cómicos.

—¡Ah! sí, y hacer cada cual el papel suyo, el que sabe, como tú. Eso no hace gracia.

—De florista *cocotte* entonces, como las de París.

—Ya estoy cansada de ese papel. ¡Lo he hecho tanto! ¿Te acuerdas? El año pasado también me disfracé de florista. Ya no me conviene porque soy vieja. Lo dejaré para nuestra hija, que á ella le sentará mejor.

—Tienes razón, puedes disfrazarte de criada.

—¡Ah, no, de criada me disfrazo yo!—dice el chico.

Digitized by Google

—¡Tú, de criada! ¿Y para qué?

—¡Toma! para comerme el azucar.

—Como si no la comieses,—responde la joven.

—Comí un solo terroncito esta tarde.

—¿Y el de esta mañana?

—¡Ah! ¿aquel que me distes? Ese no se cuenta porque fué en cambio de la cartita de tu novio que te entregué.

Ya ven ustedes que á la niña le sentará su disfraz á las mil maravillas.

Pero la señora, preocupada con el suyo, pasa esto por alto y dice:

—¡Ahora sí que he acertado! Me disfrazaré de lobo marino. Así haré juego con mi esposo.

Y bate palmas de alegría.

—¡Ya lo creo que has acertado! ¡Feliz ocurrencia!—dice el señor Corchete.—Ya no nos falta nada. ¡A comprar los trajes!

Y locos de alegría salen todos á proveerse de ellos.

Digitized by Google

Pero aquí corto la pluma, porque, de lo contrario, el lienzo saldría del marco.

En tanto vosotros, hombres y mujeres, chicos y grandes, id y comprad la máscara que por tres días ha de cubrir la que usáis siempre; sí, buscad otra nueva, que yo, por mi parte, me contento con daros las mayores bromas con la única que tengo.

Digitized by Google

ÍNDICE

	PÁGINAS
A los lectores	3
Año nuevo.	5
Los críticos teatrales	17
La familia Fernández	31
El duelo y el periodismo	41
Mi prima y su familia	47
Buscando empleo	57
Escenas de comedia	63
Los cocineros improvisados	69
En familia	77
Los preparativos	87

Digitized by Google

UNIVERSITY OF MICHIGAN
3 9015 03614 1000

Digitized by Google

Reviewed by Preservation

1997

Digitized by Google

Digitized by Google